VERSOS

A Gustavo Flaubert,
el ilustre y paternal amigo,
al irreprochable maestro.

Guy de Maupassant.

EL MURO

Las ventanas se abrieron. Alumbrado
el salón dejó ver sus resplandores;
gran claridad con paso apresurado
se extendió por el césped y las flores.
El jardín, allí abajo, parecía
de la orquesta del baile á los rumores
unir su inextinguible melodía.
La tibia brisa nocturnal, cargada
de olor á hojas y á heno, suavemente
rozó los hombros; se sintió mezclada
al aroma del campo floreciente
la esencia de la carne perfumada.
De las luces temblaron los destellos.
A un tiempo aspiró el alma embelesada
flores en el jardín y en los cabellos.
Del cielo, herido por mil luces bellas,
al través de la sombra prolongada
bajó á nosotros un olor á estrellas.
Las mujeres, sentadas muellemente,
veían agitarse las cortinas,
cual hincha el vendaval velas marinas,

y pasaba el ensueño por su frente
—al contemplar del celestial tesoro
de sombra y luz los peregrinos rastros—,
de un largo viaje por el cielo de oro,
cruzando el Océano de los astros.
Un tierno afán su corazón henchía;
un ansia de querer más todavía
y decir en voz baja arrulladora
cuanta dulzura el ánimo atesora
La música, aromada parecía;
era la brisa nocturnal sonora,
y de los ciervos el bramar se oía.
De súbito un ligero calofrío
pasó á las damas por su blanco traje;
calló la orquesta y se esparció el gentío.
Tras negro bosque y en ribazo agudo,
la luna, como fuego entre el ramaje,
mostró su rostro enorme, rojo y mudo,
para alzarse después sola y redonda
á remontarse en el lejano cielo,
como pálida faz que el mundo ronda.
Por los senderos del jardín sombrío,
donde agua mansa parecía el suelo,
perdióse cada cual á su albedrío.
Las damas, pensativas, avanzaban,
sin que atinase á bromear ninguna;
que algo en el fondo de su ser llevaban
de aquella triste claridad de luna.

La noche le hace al hombre enamorado...
Las brisas de la noche acarreaban
todas las languideces del pecado.
Yo, que vestí mi corazón de fiesta,
iba al azar, cuando una alegre risa
interrumpió mi marcha en la floresta.
Era la hermosa, imán de mi deseo,
nunca á las preces de mi amor sumisa.
—Deme el brazo—me dijo amablemente—.
Por el jardín daremos un paseo—.
Y á los acordes de su risa aguda,
añadió, con travieso discreteo,
que la luna en el cielo es una viuda.
«No llegaremos al final—decía—,
que del jardín muy largo es el camino
y traigo yo, la fiesta lo exigía,
el traje nuevo y el calzado fino.
Volvamos, pues.» Con dulce atrevimiento
su brazo enlazó al mío. La hojarasca
y su falda á la vez agitó el viento,
y el aire entonces se tornó borrasca.
Por sombría alameda proseguimos;
bajábamos la voz hasta el exceso
y entre los ecos de la sombra oímos
alguna vez como el rumor de un beso.
Entonces su sonora carcajada
se dejaba escuchar; luego, un instante,
yo ensimismado y ella ensimismada,

veíamos pasar á algún amante
buscando entre las sombras á su amada.
En la arboleda el ruiseñor gemía;
lejos la codorniz le respondía.
Blanca muralla, alzándose arrogante,
paró con brusquedad nuestro andar lento,
cual se eleva un palacio de diamante
á lo mejor, en la mitad de un cuento.
Acechar nuestro paso parecía.
Ella dijo: «Este muro me seduce.
Es la arboleda demasiado umbría.
Sentémonos aquí; la tapia luce.»
¡Y se sentó! ¡Yo, en tanto, maldecía!
¡La luna, en el azul del firmamento,
dijérase también que se reía
y con ella de acuerdo se ponía
para burlarse de mi audaz intento!
Sentados ya bajo el maldito muro,
yo reprimía mis impulsos vanos
y pensé que iba á ahogarme, os lo aseguro,
pero es lo cierto que cogí sus manos.
No abrí en su corazón la menor brecha
y me miró cual cazador que acecha.
Veíase pasar entre el follaje,
de los senderos en el fondo obscuro,
á las mujeres con su blanco traje.
Con pálido fulgor la luna hermosa
en láctea claridad nos envolvía,

y desde el cielo, plácida y dichosa,
en nuestra carne languidez vertía.
Yo espiaba á mi dulce compañera
y en lo más hondo de mi ser sentía
el deseo febril que nos altera
cuando soñamos cada noche un beso,
un «sí» dicho con ojos entornados,
de lo desconocido el dulce acceso,
los brazos á los brazos enlazados...
y luego en triste realidad la dama
nada concede al corazón que ama.
Estaba seca mi garganta; ardían
los estremecimientos en mis venas,
y mis protestas el furor tenían
de esclavo rebelado á sus cadenas,
y mis fuerzas capaces se sentían
de dominar á la orgullosa ingrata,
y los agravios que al desdén debían
trocar en tempestad que se desata.
Ella reía sin cesar; su aliento
abrasador me hacía más sediento.
Mi corazón latía; estuve loco.
Y la cogí en mis brazos. Miedo tuvo.
Se puso en pie para esquivarme un poco.
Volví al asalto; nada me detuvo.
Y ya impulsado por mi furia loca
quise á mis brazos anudar su cuello,
le besaba los ojos y la boca,

le besaba la frente y el cabello.
Y la luna triunfal resplandecía.
Cuando impetuoso á la mujer ceñía,
consiguió desasirse de mi lazo,
y el muro, como un lienzo que caía,
nos vió luchar de nuevo brazo á brazo.
Cuando el combate hacíase más diestro,
nos volvimos y vimos en la sombra
cuán cómico espectáculo era el nuestro.
De aquel jardín sobre la clara alfombra,
dos cuerpos al luchar desordenados
dejaban sus contornos retratados.
¡Y á fe que era una mímica bien rara!
¡Una sombra á otra análoga se arrima
y ésta luego de aquélla se separa!
Semejaban graciosa pantomima:
dos sombras que se daban coscorrones,
dos cabezas á ratos separadas
de dos cuerpos de enormes proporciones,
ó cual grandes pilares asentadas.
Eran ya cuatro brazos gigantescos
luchando negros sobre el muro blanco,
ya dos polichinelas que grotescos
se entusiasmaban con su beso franco.
Fué aquella escena burla inesperada,
y sin querer rompió á reir mi amada.
¿Cómo reir y defenderse luego?
Boca risueña al beso nos convida;

y para el triunfo del amante ciego,
si puede mucho un alma echando fuego,
le ayuda aún más la seriedad perdida.
En la arboleda el ruiseñor cantaba.
Y desde el cielo azul la blanca luna,
vanamente dos sombras acechaba
en el muro. Veía sólo una.

RAYO DE SOL

Era en junio. Todo se vistió de fiesta,
y la muchedumbre jubilosa andaba.
También me sentía yo alegre y dichoso.
El bullicio ajeno me embriagaba el alma
El sol excitaba mis sentidos. Viva
su luz hasta el fondo de mi sér llegaba,
y sentí los éxtasis que Adán gozaría
cuando el primer rayo del sol le alumbrara.
Y pasó una hermosa mujer, que al mirarme
encendió mi espíritu con sus llamaradas;
tuve loco impulso de lanzarme á ella,
de besar su boca, de ceñir su espalda.
Veló roja nube de sangre mis ojos
y en un beso fiero creí sujetarla.
La oprimí frenético, la vi doblegarse,
rendida á mi ataque la vi derribada.
La cogí, y en tierra mi pie golpeando,
de sol chorreante me alcé, y la llevaba
sujeta en mi vuelo, y al cielo ascendíamos,
su cuerpo en mi cuerpo, su cara en mi cara.

Y al astro encendido subía con ella;
su pecho á mi pecho junté con tal ansia
que, entre mis ardientes y crispados brazos,
al mirar sus ojos vi que muerta estaba...

MENSAJE DE AMOR

EN EL JARDÍN DE LAS TULLERÍAS

Ven aquí, hermoso niño, á cuya madre adoro,
que á ver tus juegos viene á este banco á sentarse,
y le dieron los astros sus reflejos de oro
para el rubio cabello que vi en sueños soltarse.
Ven aquí, hermoso niño, dame tus labios rosa,
el azul de tus ojos, tu cabello rizado;
de mis besos en ellos pondré carga preciosa,
para que se los lleves al volver á su lado.
¡Cuando á su cuello anudes tus brazos con ternura,
en tus ojos de estrellas y en tus labios de flores
sentirá ella algo ardiente como una quemadura,
sentirá ella algo dulce como un ansia de amores!
Y ella se dirá entonces, sus sentidos turbados
por este llamamiento de mi inútil cariño,
recogiendo mis besos en tus rizos dorados:
—¿Qué es esto que ahora siento en la frente del niño?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EN LA ORILLA

I

Cayendo el sol á plomo, iluminaba
el lavadero con alegres rayos,
y dormir á los patos se veía,
en la fangosa tierra abotagados.
Tan cálido era el aire, que los árboles
temieron incendiarse á su contacto.
Tendido estaba yo sobre la yerba
en la proximidad del viejo barco
donde lavaban ropa las mujeres,
con el jabón las aguas enturbiando,
y las burbujas de jabón huían
borrándose la huella de su paso.
Me iba el sueño á rendir, cuando de súbito
vi á una muchacha con andar gallardo
acercarse; los brazos levantaba,
con las manos el bulto sujetando
de ropa que llevaba en la cabeza.
Su talle fino y los contornos anchos
de sus caderas dábanle el aspecto

de una Venus sensual, tallada en mármol.
Al avanzar, sus lomos se agitaban
con un gracioso balanceo. Tanto
me interesó que la seguí, y el puente
pasé tras ella, hasta el umbral llegando
del lavadero, y luego entré.
Su puesto
eligió, descargando el bulto blanco
en la cubeta, y á lavar se puso,
y á cada movimiento de sus brazos
y de sus ancas, la sutil camisa
y la crujiente enagua, señalando
iban la redondez de su amplia grupa,
las redondeces de sus pechos amplios.
Trabajaba de firme, y al cansarse
graciosa alzaba los soberbios brazos,
y su talle flexible iba y venía
en sus recios riñones apoyado.
Del sol el fuego hizo crujir las tablas;
cual para respirar abrióse el barco.
Veíase á las hembras jadeantes
los brazos sudorosos agitando,
y la rubicundez de su garganta
revelaba el esfuerzo del trabajo.
Fijó ella en mí sus ojos atrevidos;
desabrochó su cuello; el seno blanco
surgió desnudo, esplendoroso y libre;
después, la nívea ropa golpeando,

á cada golpe que en la ropa daba
temblaban con ligero sobresalto
las dos flores de carne que se erguían
del duro pecho al término gallardo.
Como si fuera el soplo de una fragua
sentía que me ahogaba el aire cálido.
Era en mi propio corazón en donde
sonaban de la pala los golpazos.
Ella en tanto mirábame burlona;
yo tembloroso me llegué, acechando
aquel pecho tan húmedo, tan fresco,
que convidaba al beso por lo blanco.
De mí tuvo ella lástima, y al verme
tan tímido, mis ansias endulzando
fué en hablar la primera. Sus palabras
á mí llegaban cual rumores vagos
de una música suave. Se dijera
que no la oía por mirarla tanto.
Por su traje entreabierto me internaba,
la belleza escondida adivinando.
Y en la conversación me dió una cita
para la noche, al término del prado.
Cuanto mi ser henchía fué alejándose
como el agua que corre. Sin embargo,
yo estaba alegre, pues en mí sentía
las embriagueces del amor cantando.
Miré al cielo, y la noche que cerraba
le pareció una aurora á mi entusiasmo.

II

Fué la primera que acudió á la cita.
Yo de rodillas me lancé á sus plantas.
Paseando mis manos por su cuerpo,
á mi la atraje, pero alzóse brava
y por los prados que bañó la luna
huyó de mí con esquivez ingrata.
Pude cogerla, al atajarle el paso
una imprevista y bienhechora zarza.
Entonces, abrazándola con ímpetu,
la llevé al pie de un árbol junto al agua.
A ella, antes tan audaz y tan impúdica,
la vi llorosa, temblorosa y pálida.
Sentí yo en tanto una embriaguez de fuerza
que su infantil debilidad me daba.
¿Qué es y de dónde viene ese fermento
que del amor en la hora soberana
siente en sí mismo despertarse el hombre
y remueve hasta el fondo sus entrañas?
Como un día clarísimo, la luna
los campos con su luz iluminaba.
Las ranas bulliciosas sus rumores
dejaban escuchar entre las cañas,
y apoyando á lo lejos su murmullo
la codorniz su doble grito daba;
despertaban los pájaros cantando

el preludio de tierna serenata;
de lejanos fantásticos amores
cargado el viento al sitio aquel llegaba,
pletórico de besos y de alientos
que como incendios destructores pasan.
Era la brisa un celo poderoso.
Y yo entre tanto para mí pensaba:
—¡Cuantos en esta noche de verano,
bajo ese cielo sentirán las ansias
que nos llenan de angustia, y que el instinto
funde, uniendo al amante con su amada! —
¡Hubiera yo querido en mis caricias
con el amor de todos abrasarla!
Cogí sus dedos, los besé, sintiéndola
bajo el beso temblar. Sus manos blancas
tenían el olor de la limpieza
de blancos lienzos al salir del agua.
Halló en su pecho mi sediente boca
sabor de almendra y leche perfumada
como podemos en el monte sólo
beberla en la tetilla de la cabra.
¡Se defendió, pero encontré sus labios!
Fué una caricia voluptuosa y larga
que á mis deseos la rindió. Su pecho
jadeante y oprimido palpitaba;
sus mejillas ardientes y sus ojos
entornados cedían a mis ansias
Y en la serenidad de aquella noche,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

que el campo con sus sombras abrigaba,
subió un grito de amor fuerte y terrible
que hizo huir á las aves espantadas.
Callaron los rumores y las voces;
hubo un momento de silencio y calma;
y detrás de nosotros aulló un perro,
como lanzando al viento una amenaza.
Después amaneció y ella ausentóse.
Yo por los campos al azar vagaba,
aspirando el aroma de su cuerpo
y sintiendo á la vez que su mirada
me sujetaba poderosamente,
cual si me echase al corazón un ancla.
Eramos compañeros de cadena.
Los lazos de la carne nos ligaban.

III

Durante cinco meses cada noche,
sin que disminuyera mi ardimiento,
acariciaba á la sensual muchacha
sobre la yerba que sirvió de lecho.
Sintiendo aún los besos de la víspera,
nuestras mañanas endulzó el recuerdo,
y hasta el anochecer sólo vivíamos
por el afán de renovar los besos.
A veces olvidábamos que el día

iba á empezar y en un abrazo estrecho
nos sorprendió la aurora. Al advertirlo
recorríamos juntos el sendero;
mis ojos se miraban en sus ojos,
mis dedos se enlazaban á sus dedos.
Veía luminosos los vallados,
rojos los troncos á la luz despiertos,
y apenas si pasaba por mi mente
que el sol tuviera parte en todo aquéllo,
creyendo á veces que sus ojos eran
los que de luz vestían los objetos.
Yo la acechaba cotidianamente
al ir con las demás al lavadero,
y allí de pie quedaba contemplándola,
henchido de impaciencias y deseos,
prisionero en mi amor como en la cárcel
y sin otro horizonte que su cuerpo.
Todas mis esperanzas se encerraban
en el contorno de su talle esbelto,
aguardando el instante de estar solos
para gozarnos con furtivos besos.
A veces me llamaba con un signo
y yo la iba á buscar en un viñedo
donde algún matorral nos resguardaba
de los peligros del mirar ajeno.
Veíamos vagar dos mariposas,
que parecían ser un doble insecto;
cogiendo á los minúsculos amantes,

ella les regalaba con un beso.
Los pájaros se daban picotazos
y volaban besándose sin miedo.
Los animales ya no nos temían,
pues nosotros seguíamos su ejemplo.
Al llegar el instante codiciado,
de la orilla buscando los rodeos,
cuando ella aparecía entre los árboles
con las pupilas exhalando fuego,
bañados por los rayos de la luna
los pliegues de su humilde zagalejo,
yo recordaba las mujeres bíblicas,
las más hermosas de lejanos tiempos,
y en sus formas impúdicas dijérase
que pasaban los ángeles en sueños.

IV

Al mediodía estaba despoblado
el lavadero, enfrente de la puerta
dormía el amo; y humeaba el piso
como un buey fatigado en su faena.
Al fuego ardiente que del sol caía
le superaba el fuego de mis venas.
Saltaba á veces una gota de agua
del viejo barco, cuyos bordes eran
como rojos carbones; otras veces
en él hicieron explosión violenta

los besos, que al soltarlos nuestros labios
se esparcían cual chispas de una hoguera,
hasta que se extenuaban nuestros cuerpos.
Los grillos crepitaban en la tierra
de los prados marchitos. Nos mirábamos
ella y yo con afán; dábamos pena;
tan pálidos estábamos, tan tristes.
nuestras miradas tan febriles eran.
Podíamos los dos en nuestros ojos
leer la gravedad de la dolencia;
enfermos del amor de que se muere,
nuestra vida escurríase ligera;
y un día al separarnos, prometimos
no volver por la noche á la arboleda.
A la hora acostumbrada, un invencible
anhelo me guió á la orilla fresca.
Pensé ir solo y soñar en sus caricias;
pero ¡también había ido ella!
Arrebatados por extraña fiebre,
nos entregamos con la vida entera
á ese amor indomable que devora
y nuestra sangre á confundir nos fuerza.
Nuestro amor no es prudente ó temeroso,
ni nuestros besos el peligro veda;
muere por mí, si yo por ella muero;
y nuestros pechos, que el placer enferma,
gustosos cambian por presentes besos
los días que el futuro nos reserva;

pues con esa mujer no hay más amores
que el del ciervo que brama. Yo en mis venas
siento de su contacto el calofrío
que de deseos ásperos me llena,
y mi ser por su sér vive impaciente,
mi boca por su boca está sedienta.
Y así con ella, como en un combate,
la cópula mortal rinde mis fuerzas.
Ya el césped que de lecho nos servía
no florece alegrando la pradera,
y quedan nuestros cuerpos señalados
en la aridez de la desnuda tierra.
El amor ha de darnos sepultura,
y allí terminará nuestra existencia.
Pero si es cierto que las sombras vuelven,
volveremos tal vez á la arboleda;
y al vernos, los medrosos campesinos
dirán, haciendo cruces con la diestra:
«Son los muertos de amor, que todavía
después de muertos, se aman y se besan.»

LOS PATOS SILVESTRES

Todo mudo. Los pájaros no gritan.
Bajo un cielo nublado, la llanura
tiende su melancólica blancura,
y sólo el aire con su vuelo agitan
los negros cuervos que, al buscar su presa,
huyen en triste silencioso bando,
y en la nieve escarbando,
dejan la huella de su pico impresa.
Vago rumor, cual música indecisa,
se oye á lo lejos, que se acerca y viene.
Los patos son, que llegan tan aprisa
cual flecha que en el aire se sostiene.
Tendido el cuello, las etéreas salas
atraviesan con raudo movimiento,
y sus vibrantes alas
van dando latigazos en el viento.
Los patos son, del aire peregrinos;
y el guía, que les muestra de océanos
y bosques y desiertos los caminos
ignotos y lejanos,
siempre volando infatigable y rudo
turba el silencio con su grito agudo.
Como una cinta en su ondulante vuelo,
la caravana, que se acerca y llega,
brillante y rumorosa se despliega,
y parece un triángulo en el cielo.

Mientras vuelan los patos fugitivos
en la serena atmósfera lanzados
con murmullo continuo y estridente,
otros patos cautivos,
por el frío engordados,
en la tierra caminan gravemente.
Un muchacho andrajoso los pasea,
como pesadas naves
que el mar en sus vaivenes balancea.
Y los patos cautivos, siempre graves,
de la tribu que pasa oyen los gritos,
y, alzando para verlos, la cabeza,
la miran con anhelos infinitos.
Las alas agitando con presteza,
prepáranse á seguir á sus hermanos
por las altas regiones esplendentes,
y al fin se rinden entre esfuerzos vanos
al peso de sus alas impotentes.
Y, en sus débiles patas sostenidos,
alzando al firmamento la mirada,
sueñan otros espacios y otra vida,
y, oyendo la llamada
de sus hermanos á volar nacidos,
lloran la antigua libertad perdida,
y, por los campos que vistió la nieve
vagando aletargados,
dejan que el viento á sus hermanos lleve
sus gritos de dolor desesperados...

DESCUBRIMIENTO

Yo era niño y amaba los guerreros;
sus armaduras, que pesaban tanto;
la muerte de los nobles caballeros
por el rescate del Sepulcro Santo.
El rey inglés Ricardo me asombraba;
leía embelesado sus proezas
y regresar triunfante le admiraba,
cansado el brazo de segar cabezas.
Adopté de una hermosa los colores;
por cimitarra una varilla tuve;
partí para la guerra de las flores
y heroico entre los árboles anduve.
Por trono, bajo cielos luminosos,
tomé un banco á que el musgo se eslabona;
despreciando á los reyes ambiciosos
tejí con ramos verdes mi corona.
Así era yo dichoso. Hasta que un día
vi llegar á una joven compañera;
corazón, reino y corte le ofrecía
y los castillos que soñado hubiera.
La adoré entre los árboles de hinojos,
pues su hermosura me dejó extasiado;

otro universo descubrí en sus ojos
y pensativo me quedé á su lado.
¿Por qué olvidar mi ensueño y mi alegría
ante una rubia de mirar profundo?
¡Colón atormentado se sentía
cuando en la bruma divisaba un mundo!

EL ABUELO

Á los noventa moría
frío y rígido el abuelo.
Más blanca su frente estaba
que las sábanas del lecho.
Entreabrió sus ojos débiles
y su voz, que era un remedo
del viento errante en el bosque,
así habló con triste acento:
«¿Lo recuerdo ó lo he soñado?
De la aurora á los reflejos,
llenos de savia los árboles
y mi corazón de fuego.
¡Qué dulce y breve es la vida!
Recuerdo ha sido y no ensueño.
¡Aquellos tiempos alegres!
¡Yo era joven! ¡Bien me acuerdo!
¿Lo recuerdo ó lo he soñado?
Sentía estremecimientos
la tierra al pasar la brisa
y yo al pasar los deseos.